



REVISTA LITERARIA SEMANAL.

Se publica los domingos.

Director-Propietario: D. ALFREDO DE LOSADA.

SUMARIO.

Los Alfayates, por D. Eduardo de Arévalo.—*La mujer*, por D. Rafael Vilás.—*El Caramelo*, poesía, por don Gonzalo Jover.—*Tipos de hoy*, por D. Fernando Palanques Ayen.—*Casos y cosas*.—*Margarita*, (conclusión) por D. Rafael Allamira.—*Cabos sueltos*, Anónimo.—*Agencia matrimonial*.—*Anuncios*.

LOS ALFAYATES.

Crónica tortosina.

IV.

Habíanse aumentado considerablemente, á la sazón, los prosélitos del moro Zeit, porque en él cifraban la quimérica esperanza de reconquistar á Valencia, menospreciando los pactos de la capitulación, admitidos por el rey Zaen de una parte, y de la otra por D. Jaime primero de Aragón; *el infante, su tío; los arzobispos de Tarragona y Narbona; los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich; los condes de Rosellon y Pallás; y otros diez y siete ricos hombres.*

La impaciencia de aquellos ilusos descontentos, mas de una vez, les hizo combinar el plan de quebrantar las treguas, *recíprocamente aceptadas por ocho años.*

Eran frecuentes las algaradas, y desde el Turia hasta el Ebro se extendían las correrías.

A reprimir tanta audacia bastaba el enojo del monarca aragonés, cuya planta colosal podía

aplastar todas las víboras que se revolvían en el cieno de sus vastos dominios; más procuraba que para todos fuese blando el yugo de la servidumbre, á que había reducido á muchos, desarmando brazos que la agricultura reclamaba.

¿Quién pensara que al someterse dóciles y con fingido agrado, en las cabañas fraguasen proyectos de venganza?

¿Quién, sin asombro, creyera que en el régio alcázar se albergaba un gran caudillo enemigo?

¡Pérfido Azadrach!

Acogiéndose al amparo de D. Jaime, llegó á ser su valido en la corte, y el traidor fué la esperanza del soñado triunfo de Zeit, en los riscos donde moraban los vagabundos é inquietos aventureros.

¡Pérfido Azadrach!

Él era el alma aviesa de las rebeliones del reino, y la mano oculta que producía todos los desmanes.

Él era la ingratitud personificada; con dulzura y tristeza aplacando la cólera del CONQUISTADOR, á tiempo á veces ó despues de vertida la sangre de sus hermanos, que impacientes se entregaban al merodeo y al pillaje.

Ante la perspectiva ruin de estos sucesos, no es de estrañar que á los moros se designase como culpables, ó se les considerase reos del sacrilego robo que se perpetró en la Seo de Tortosa.

La increpacion habia sido rápida, pero fundada.

Ya de regreso y á más de una hora de distan-

cia de la ciudad, se hallaba la muchedumbre fugitiva, próxima á salvar el puente de sólidos sillares, que á las plantas de las vertientes de las montañas facilitaba el paso, aun cuando se viese cubierto el cauce del barranco, soberbio y mugidor, formado por el curso de aguas atormentadas.

Y era muchedumbre de moros valencianos: y eran los que robaron la custodia y se alejaban con el botín de su rapacidad.

Más allí les dieron *alcance* los navegantes alfayates, trabando desde luego una lucha desesperada.

A los ímpetus arrolladores se oponían supremos esfuerzos de resistencia.

El crimen consumado estaba á punto de malograrse, pero el número de combatientes era desigual, y superior, y formidable el de los moros.

Maese Juan ostentaba sus grandes tigeras en la mano derecha, en señal de superioridad, y aunque solo le servían de distintivo para dirigir los movimientos del ataque, comenzó á desfallecer ante aquella sangrienta escena, *ante el desastre* final que amenazaba.

Más Alberto, que á cada proeza suya le dirigía una mirada de satisfacción, al verle pálido y trémulo doblegándose al terror más que á la fatiga, comprendió que necesitaba su auxilio.

Voló á su lado, derribando los obstáculos que se lo impedían; le dirigió la voz animosa y la dirigió á todos sus compañeros, logrando enardecerles, pero de aquel solo pudo conseguir que le entregase las tigeras, en el colmo del abatimiento; y como resignando la autoridad y mando de todos los alfayates en el joven calcetero.

Con las tigeras abiertas lanzóse este sobre los enemigos: *cortando, si las cerraba; causando dos heridas, cada vez que las clavaba*; y tal pánico infundió, que de rodillas pidieronle clemencia, entregándole en cambio la custodia robada, y apelando á la fuga desbandados y despavoridos.

¡Cuán dichoso le veremos volver á la presencia de su amada Rosa!

Limitémonos, ahora, á consignar que el indicado puente subsiste todavía, conservando el antiguo é histórico nombre de PUENTE DEL ALANCE.

(Se continuará).

EDUARDO DE ARÉVALO..

LA MUJER.

Pocos serán los temas sobre los cuales se haya escrito tanto como el que nos sirve de epígrafe á este mal pergeñado artículo. Personas

de vastísimos conocimientos literarios y filosóficos, casi todos los primeros publicistas así nacionales como extranjeros, han llevado su grano de arena á ese inmenso edificio social que ha pasado por todas las vicisitudes históricas, sin haber podido llegar nunca á ocupar el puesto que debidamente le corresponde.

Si abrimos la historia, ese gran libro de la humanidad donde se hallan grabados con caracteres indelebiles todos los sucesos pasados, veremos que la mujer, esa hermosa mitad del género humano, ha estado siempre postergada, notándose, sin embargo, que cuanto más nos remontamos á los tiempos primitivos más acentuado se halla el desnivel que se nota entre ellas y nosotros.

Hojeemos unas cuantas páginas de ese gran libro y busquemos á la mujer en el antiguo mundo, ¿qué hallamos? ¿Veis allá, colocadas en un redil lo mismo que si fueran bestias, á unas cuantas docenas de jóvenes? pues son las vírgenes de la impura Babilonia, que esclavas de un gran señora, esperan á los compradores extranjeros, que han de pagar, despues de elegir, el sacrificio de su pudor.

Dejémos ese cuadro de horror y pasemos más adelante. ¿Veis esas mujeres que andan por las calles y plazas atadas como si fueran criminales? pues son las vírgenes *caldeas*, cuyas ataduras solo pueden romper los que paguen cierta cantidad por honra.

La *mujer griega* abandona á sus hijos, despues de haberlos criado, y con los cuales, mas tarde, se mezcla en las grandes festividades, dando lugar con esto á escenas que la pluma no se presta á describir.

¡Y que diremos de la *mujer romana*! Tal vez sea mejor callarlo, puesto que hay cosas sobre las cuales es conveniente seguir el consejo del gran poeta florentino, cuando lleno de indignacion y desprecio, exclama:

Non ragionar di lor

Ma guarda é pasa, etc.

Sin embargo, preciso es que digamos algunas palabras para consignar que los ciudadanos romanos consideraban á la mujer como objeto de lujo, de placer y de recreo, dejándola vivir en la mayor degradacion é ignorancia, haciéndola concurrir, cuando era hermosa á sus bacanales y orgías, para hacerla pasar despues, cuando ya no servía para sus lujuriosos fines por las mayores humillaciones que pueden imaginarse.

Mas tarde el cristianismo influyó grandemente en el porvenir de la mujer al proclamar la libertad individual; consiguiendo arraigar tan

civilizadores principios en el corazón humano, y poco á poco han ido concediéndoseles derechos é importancia, hasta que han llegado los tiempos presentes y se ha planteado resueltamente el problema de que si la mujer tiene los mismos derechos que el hombre.

Digamos para terminar, como comprendemos y queremos nosotros á la mujer; pues hay algunos escritores que queriendo hacer su defensa, traspasan los límites de la razón y exageran de tal modo los argumentos, que no parece sino que la mujer sea un sér sobrenatural al cual es preciso colocarle al frente de los destinos de la humanidad.

Nosotros estamos firmemente convencidos, que la mujer, ese ángel de la tierra, ha sido creado únicamente para el bien, para el amor dulce y cariñoso, para que sea el consuelo de sus padres, cuando virgen, y amparo de sus hijos y escudo de su esposo, cuando madre.

Nosotros creemos, que la mujer ha nacido para ayudar á sobrellevar al hombre los sinsabores de la vida, para alentarle en sus adversidades, y finalmente, para sér el ángel custodio de los intereses de la familia.

Nada de exageraciones, nada de derechos ni deberes políticos, nada de las perniciosas doctrinas que con tanto calor sustentan, entre otras, la francesa Luisa Mitchel y la rusa Petravoski; que se eduque á la mujer hasta el grado de perfeccionamiento de que es capaz; que se creen escuelas especiales donde ellas puedan adquirir grandes caudales de conocimientos científicos y literarios; que se les otorguen títulos honoríficos; pero que no se intente nunca ni en modo alguno sacarlas de su esfera de acción que es el hogar doméstico.

En la vecina república, donde todo se exagera, se hace una activa propaganda para que se concedan á la mujer los derechos políticos y se las declare aptas para todos los cargos oficiales, de modo que puedan ser concejales en el ayuntamiento, diputados en la diputación, generales en el ejército, gobernadoras en el departamento, ministros en la corte, y por fin, presidentes de la República, dejando completamente olvidados la moral, el amor, la familia, los hijos, los esposos y el ciudadano de la casa.

Otro día, si nuestras numerosísimas ocupaciones nos lo permiten, volveremos á ocuparnos más detenidamente en este importantísimo problema, y expondremos nuevas ideas y razonamientos en defensa de los principios que sobre el particular sustentamos.

RAFAEL VILAS ESCRIBÁ.

EL CARAMELO.

(A QUIEN CONMIGO LE HACIA).

Deja de leer indiferente lector, sino entiendes, y si comprendieses deja de leer también, que los dulces goces de la amistad si son para sentidos y contados, nunca fueron para leídos.—X.

I.

*Hoy que lejos de mi hogar
lloro mi familia ausente;
dejadme mi mal presente,
con mis recuerdos borrar;
y calmen mi aguda pena,
infundiéndome alegría,
si no glorias de la mia,
glorias de la dicha agena.*

II.

*Nada á mi mente llega
con mas anhelo
que el perfume adorado
de los recuerdos,
porque allí reinan
tomando cuerpo y forma,
cual si existieran.*

*Ahora mismo, recuerdo
perfectamente,
cierta mesa redonda
en donde alegre
vi abierto el cielo
á la llama azulada
del rom ardiendo.*

*Sobre redondo plato,
crece y se agita
mecida y empujada
por tenue brisa
la alegre llama,
que besaba el respaldo
de una cuchara.*

*Y dentro de ella bullen
con sordo ruido
burbujas agitadas,
que en el platillo
caen escapadas,
¡lágrimas del azúcar
que se quemaba!!*

*Y al fuego de la llama
que lo deshace,
también en nuestros pechos
la amistad arde,
y es este afecto
dulce, mucho más dulce
que el caramelo.*

*Por fin del rom se apaga
la llama esquiva,
y el azúcar quemado
solidifica,
pasa un momento*

*toma color y forma,
y ya está hecho.*

*Y se parte entre bromas
y entre algazaras,
y el rom quemado, queda
trocado en agua;
y aquello es gloria
y amistad y alegría
y gusto y broma.*

*Y ante rato tan dulce
cree mi alma
que la dicha en el mundo
no es un fantasma,
porque si hay penas
también hay caramelos
que las consuelan.*

*Y si tras de la vida
hay una gloria
y si es verdad que en ella
siempre se goza,
es porque el cielo
es fábrica continua
de caramelos.*

*Dejadme que me ufane
con mi recuerdo,
que estos goces sencillos
pero supremos
de la familia,
son para mí una cosa
muy prohibida.*

*Y al ver que todos ríen
y gozan todos,
aunque una gota de agua
brille en mis ojos,
mi dicha es cierta,
que en la dicha de todos
temple mi pena.*

GONZALO JOVER HERNAINZ.

Tortosa 1.º Febrero de 1882.

TIPOS DE HOY.

El Iluso.

A mi querido amigo D. J. Ambrosio Perez.

I.

En el momento en que vamos á encontrar á Alberto (el jóven que nos ha de ocupar) le encontramos paseando agitadamente en su modesto gabinete; frotándose con frecuencia las manos en ademán de regocijo, y mostrando en todas sus acciones el aire de un conquistador que se dispone á conseguir una brillante y ambicionada victoria.

Multitud de halagüeños planes comenzaban á asaltar su mente, cuando vino á sacarle de su especie de risueño éxtasis, la presencia en el ga-

binete de Federico; el más antiguo de sus verdaderos amigos.

—¡Hombre! Que deseos tenía de verte—adelantóse á decir Alberto luego que reflexionó al recién llegado.

—¿Sí?—repuso Federico—pues aquí me tienes ya.

—Es para participarte una grande y para mí satisfactoria noticia.

—Dí: ya escucho.

—Pues que estoy en vía de realizar los dorados sueños de toda mi vida, mañana marchó á la corte.

—¿Diantre? ¿Y como tal has conseguido? Explicáte.

Ambos tomaron asiento, y Alberto se dispuso á complacer á su amigo en esta forma.

—Pues el caso es como sigue: mi tío D. Sebastian Folguí, proyectaba partir por estos días á Madrid. Su objeto era un añejo deudor que tiene allá, y al que fatales circunstancias le han puesto días atrás en tales condiciones pecuniarias tan desahogadas y crecidas, que son muy suficientes para que sin esfuerzo alguno pueda recuperarse de su antigua deuda, que asciende á la regular suma de 30.000 reales. Noticioso yo de tan próximo é inesperado viaje, y arrebatado por el halagador objeto que le guiaba, incorpóreme instantáneamente en su despacho.

—«Querido tío:—le dije—estoy enterado de su decidida y próxima partida á Madrid.»

—«Es verdad. ¿Y qué?»—contestóme con indiferencia.

—«Pues bien: vengo á dar á V. un consejo, y á proponerle el viaje en una forma que ha de convenirle grandemente; cosas, que si acepta, le prometo quedará en un todo complacido; y además su objeto ha de conseguirlo; es decir, sus 30.000 reales los recuperará.»

—«Veamos como,» repitióme con su acostumbrada frialdad.

—«Partiendo yo en su puesto.»

Una burlona carcajada, que me hizo estremecer, fué su única respuesta.

Yo proseguí:

—«Ante todo veo que, atendiendo á su avanzada edad y constituciones físicas, en nada había de ganar su delicada salud ausentándose aunque por breves días, de este benéfico y su habitual clima. Y también....»

«Bien, no sigas—repuso mi tío interrumpiendo la continuacion de mis consejos—en esto revelas tus imperecederos deseos de visitar la corte. Pues bien lo conseguirás en esta ocasion. Vas á ser el delegado de mis negocios en este asunto; persuadido como estoy en que tu intachable

conducta y celo por los intereses de tu tío, harán que el capital que há años tengo arriesgado, vuelva ahora intacto á mi poder. Y en premio del interés y buen acierto que para ello has de desplegar, puedes contar con 2,000 reales para que permanezcas una temporada en la capital de nuestro reino; á ver si de este modo te pones en via de conseguir el objeto de tus constantes aspiraciones: alcanzar un nombre ilustre en la república de las letras: aunque por esta parte creo que vas engañado y.....»

Sin dejarle continuar despidíme con placer. Al acceder mi tío á mis peticiones, y de un modo tan satisfactorio como acabas de oír, creí volverme loco de alegría; mi corazón pugnaba por saltar del pecho multiplicando sus latidos de inexplicable gozo.

¡2,000 reales!—dije para mí—oh! fortuna inesperada! Oh! poseer hoy 500 pesetas, es tanto como decir: voy á Madrid; presento mi drama á una de las más acreditadas empresas teatrales, me lo aprueban y representan con extraordinario éxito; contrato mis futuras obras con importantes editores, percibiendo por ello cuantiosas sumas; consigo conquistarme un reputado nombre en la vida literaria; me proporciono honoríficos puestos; llegaré á ocupar distinguidos asientos en brillantes academias; y.... ¡2,000 reales! oh! dichosa cantidad! ¡En tí veo el risueño porvenir de mis aspiraciones!... ¡En tí contemplo ya mi felicidad!—

Si Federico no hubiese siempre conocido á Alberto con las mismas engañadoras pretensiones, diría que la mente de su amigo concluía por ser presa de lastimosos delirios. Pero como ya le conocía de antemano, conformose éste con decirle en tono de cordial amistad.

—Ay! querido Alberto!... Creí que á medida que acrecentaran tus años harías desaparecer esas falsas ilusiones que constantemente te han preocupado; más por desgracia veo que aun no has desistido de ellas; quizá esto no lo hagas hasta que seas víctima de amargos desengaños. Créeme, Alberto; tú hoy sueñas un cielo sin nubes; más tal vez te se presente enlutado y encubierto de oscuros nubarrones. No quiero exigir de tí el que abandones tu proyectado viaje; pero sí deseo que cumplido el objeto principal que á él te guía regreses á tu hogar, á disfrutar los plácidos consuelos de la familia. Si así no lo haces....

No quiso continuar; pues preveía la inutilidad de sus justas reconvenciones en el ilusionado corazón de Alberto. ¡Tal era su ceguera! Y despreciando los acertados consejos de su verdadero amigo, partió al día siguiente con

los bolsillos aun vacíos; pero con el corazón repleto de ilusiones, y firme en sus propósitos de alcanzar su brillante y soñado porvenir.

(Se continuará).

FERNANDO PALANQUES Y AYEN..

CASOS Y COSAS.

Con el título *La Peña de los enamorados* cuadro de D. Serafin Martínez del Rincon, ha escrito una leyenda histórica, con gran copia de datos, nuestro predilecto amigo el Sr. don Eduardo de Arévalo, cuya producción ha sido dedicada á aquel distinguido artista, que la ha aceptado como merece tan delicada galantería.

La leyenda saldrá á luz en este semanario, al que el Sr. de Arévalo consagra sus escasos ócios, por lo que le enviamos la fiel expresión de nuestro aprecio y gratitud.

—Hemos sido visitados por los periódicos *La Fraternidad* de Miranda de Ebro y *L' Avenir* de Barcelona. Agradecemos la visita y les devolvemos el saludo con el mayor gusto.

—Con el objeto de que nuestros suscritores pueden encuadernar la leyenda *Los Hijos de Almanzor*, acompañamos en el presente número las cubiertas ó portada de dicha obra.

MARGARITA.

La conciencia es el mejor libro de moral que poseemos, y el que más debemos consultar.

PASCAL.

(Conclusion).

—Teneis razon: y eso me disculpará de que siempre os huya.

Y por qué no lo dije?—Ah! muchas veces no es uno dueño de sí mismo.....

Mientras que yo pensaba esto, mi amigo el vizconde enteraba al Sr. Menendez de quien era yo, mi domicilio, etc.

—Cómo!—esclamó el notario—somos vecinos y os gusta la ciencia? ¡oh! ¡oh! ¡qué dicha! yo soy muy aficionado; vamos á ser muy amigos; y alargándome una mano que estreché temblando, venid—continuó—os presentaré á mi esposa.....

V.

Pasaron varios dias.

Yo habia decidido no ir á casa del notario: pero apesar de esa decision, fuí.

El Sr. Menendez no estaba en casa y ante el riesgo de pasar por grosero, entré á ver á su señora en lugar de irme.

Me introdujeron en la sala en donde encontré á Margarita—que así se llamaba la esposa del notario—tan bella, tan arrobadora como en la noche del baile.

—Celebro que vengais—me dijo—pues mi marido estaba deseoso de veros, y en verdad que siendo vecinos.....

—Debemos visitarnos, es verdad—interrumpí.

—Estais aquí estudiando ciencias?—preguntó.

—Si señora—contesté.

—Y concluiréis la carrera.....

—Este año.

Hubo un momento de silencio: la conversacion se hacia difícil para mí pues no sabia que decirle á riesgo de caer en las frases y asuntos de cajon, el tiempo, los teatros, las modas.

Pero ella me sacó del apuro, preguntándome acerca de mi familia y mi pueblo.

Yo conteste ámpliamente, con que invertimos media hora.

Por fin me despedí: y al salir de la casa, iba más enamorado que nunca.

Ah, el amor!..... y sobre todo á los veinte años.

VI.

Un mes habia trascurrido desde mi primera visita.

Yo era muy feliz; es decir, recojo la palabra; era feliz á medias, pues si bien Margarita habia deslizado un *sí* apasionado en mis oídos, la conciencia no dejaba de acusarme.

Pero el amor hacía la callar repetidas veces y en una de ellas, la puerta de resorte de mi alcoba vino otra vez á mi mente.

Busqué con afán el resorte y pronto hallé un pequeño botoncito de metal; oprimilo ligeramente y un suave chirrido como el de goznes de hierro, se dejó oír.

—Oh, sí—me dije—apretando más fuerte se abrirá la puerta y entonces..... Decididamente voy á pedirle á Margarita, una cita para esta noche; mucho mas, cuanto yo sabia que la puerta, correspondia. Y efectivamente: dos horas despues, tenia á su cuarto, en mi poder una carta que en respuesta á otra mia, decia:

«Te espero esta noche á las 12, puesto que la puerta de resorte de tu alcoba, corresponde á mi habitacion».

Qué alegría experimenté al leer aquellas líneas! Iba a verme *solo* con ella!

Iba á estampar en sus labios un primer beso!

Llegó la noche.

Me trajeron la cena y no probé bocado, lo cual hizo preguntar á mi *famulo*.

—El Sr. está enfermo?

—No—le respondí—pero me voy acostar, puedes irte.

Cuando salió, cerré la puerta y tapé el agujero de la llave con un trapo.

Acto continuo, coji un libro que enseguida tuve que dejar; una agitacion grande me dominaba y á ella añádase la voz de mi conciencia que gritaba «Vas á cometer un crimen, Margarita, es la *mujer del prójimo*». Delirante, calenturiento, me arrojé en la cama y allí permanecí hasta que las 12 campanadas de la media noche, sonaron en mi reloj de cuclillo.

—Es la hora—murmuré entre alegre y temeroso.

Y me dirigí hácia la pared.

Pero la lucha interior entre mi conciencia y Margarita, se levantó más fuerte, más amenazadora, más sangrienta.

No sabia á quien obedecer; mi razon como profundo eco repetia sin cesar: «Calma; piensa en tus deberes» y mi pasion con vehemente acento, gritábame á su vez: «Goza puesto que puedes».

Con una mano en el boton del resorte, y con la otra apoyando mi calenturienta cabeza, permanecia sin tomar una decision.

Mi vista indecisa, y como todo mi sér salido de la armonía que lo vivifica, se fijó en un cuadro que colgaba del lienzo de pared opuesto, y en el que mi lápiz de principiante habia bosquejado un Jesucristo con los Evangelios en la mano; y parecióme que sus brazos se alargaban y llegaban hasta mí, y me hacian leer en aquel libro, impresos en caracteres enormes, colosales, aquellos versículos que dicen «No adulterarás..... Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de tí».....

De pronto oí una voz que me llamaba.

Era ella!

Cobré fuerzas y oprimí el boton, aunque sin apartar mi vista de la imagen, pero la puerta abandonada hacia tiempo,—cosa que yo no previne—no cedió. Apreté mas fuerte mientras Margarita me llamaba segunda vez.

La puerta rechinó, pero no llegó á abrirse.

Y la figura de Jesus se acercaba á mi más y más, y los caracteres del Evangelio tomaban mayores proporciones.

—Ah! Dios no quiere!—esclamé.

Y una nube pasó por mis ojos y mi corazon latió con presteza, y mis venas se hincharon sin mesura, y caí desvanecido sobre la alfombra al tiempo que, de una manera velada, vaga, temblorosa, oía por tercera vez.

—Arturo! Arturo!

IV.

Cuando abrí los ojos era ya de día: confusas al principio mis ideas, nada me dijeron; pero á poco, fui recordando todo lo que por mí pasó, la lucha entre el deber y el sentimiento, las visiones por mi imaginación forjadas, y elevando mi mirada hacia arriba:

—Gracias—murmuré—gracias por tu auxilio ¡oh Dios! tu palabra marcada en mi alma es aun fuerte; aun se lee en ella tu «Ama al prójimo».... y pensar que tan cerca estuve de faltarla!.....

Dos días después vendí la casa, y sin despedirme de nadie, volví á la de huéspedes con la conciencia tranquila, bien inapreciable, y con el corazón sereno porque había comprendido que Margarita no era digna de mi cariño.....

Dos años pasados y estando yo en París leí en una de las cartas de mi amigo el vizconde, el siguiente párrafo:

«Margarita, aquella vecina que por tan poco tiempo tuvo V. ha bajado al último escalón del vicio; después de haber causado la muerte de su marido, es.....»

No quise leer más, porque comprendí que palabras seguirían; y bajando la cabeza, recordé que yo estuve á poco de faltar, y repetí aquellas palabras de Jesús:

—Bienaventurados los de limpio corazón porque ellos verán á Dios.

RAFAEL ALTAMIRA.

Enero de 1882.

CABOS SUELTOS.

En un baile de confianza.

—Chica, te felicito y te doy la enhorabuena.

—Bueno, bueno ves, ves, lo mismo te digo, que es igual al tuyo sin diferencia.

Pero había al lado de la primera, un mozo cruo, de estos que nada se callan y tomó la palabra diciendo:—Creo hay mucha diferencia de lo dorado á mí—porque la referida aludía al que se hallaba junto á su amigo y se tornó en criada respondona.

Y la tal chiquilla..... se puso sumamente colorada de ver le daban la enhorabuena por sus relaciones amorosas.

Ya lo veo el ¡primer amor! ¡inocente criatura!

Cuando no haya que escoger, ni quien me diga na dile que sí al primero que se presente, porque... porque quiero tener novio, vamos, sea quien sea y fuere lo que fuere, aunque sea *ranchero* de una posada.

.*.*

Había en una tienda varias señoritas mirando

flores cuando acertaron á pasar por allí y entrar en la misma dos amigas, pero entre las cuales ningún saludo se cruzó.

Viendo estaban una caja de juguetes en que había todo el decorado de salón cuando indirectamente dijeron.

—Mira, para los que se casan en.....

—Si y para los recién casados.

Pero más prudentes las aludidas nada contestaron.

Pero, ahora digo yo, con tanta urbanidad que en el mundo hay, ¿no existirá persona que preste una á estas pollitas?

Infelices, como les sucede lo que á aquel pescador de caña que por más que tiraba el anzuelo nada sacaba del fondo del río, se ocupan de lo que no les importa, pudiéndoles suceder muy bien que encuentren algún día quien atienda sus indirectas, pero no es esto lo peor sino que quieren ser ¡señoritas! y lo son al fin de..... los chicos les dirán.

—Hola, niño, dame cinco duros.

—Si? préstame tú diez y quédate con les restantes.

ANÓNIMO.

AGENCIA MATRIMONIAL.

Srta. C. A. Tortosa.—Su figura nada agradable, ni fisonomías simpáticas, me retrae proporcionarle á V. un novio á su comodidad, porque son escasos hoy los hombres que se enamoran de tipos que, como el de V., que no es nada favorable, como tampoco su carácter de sí despreciable por necesitar fijarse más que mucho en cierto librito que encuadrado en rústica se vende en todas las librerías. Reprima V. su genio, no presuma lo que nada vale y así será más probable encuentre V. acomodo y no tenga que dar cabida en su pecho á un amor que tan solo por despecho propio puede sentir.

No damos entrada en nuestra agencia á niñas que en su primera correspondencia ó en público cometen una falta que en nada favorece su clase y no digo más porque descarta pasase V. por esta redacción, si es que teme digamos las verdades.

Srta. R. C. *idem*.—Recibimos su atenta á la que tan solo contestaremos que conocidas sus cualidades como su miope... desfachatez, puede arrinconarse en una iglesia donde podrá conservarse para vestir imágenes.

A su disposición,—

COTÉ TIRILLAS.

Tortosa: Imp. de EL VALLE DEL EBRO, Moncaña, 36,

SECCION DE ANUNCIOS.

EL AGUILA Y EL SOL.

COMPañIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS
á prima fija.

Agente particular en Barcelona,
D. TOMAS BOHIGAS.

27,-Ancha,-27,

Agente en Tortosa: D. ALFREDO DE LOSADA Y PAU.

En vista del desarrollo que estas dos Compañías han obtenido, por las ventajas que proporelona y el crédito que merece, han establecido en esta ciudad una Agencia á la que deben dirigirse las personas que deseen adquirir los datos y condiciones para la adquisicion de pólizas.

14,-Rosa,-14.

Horas de despacho: de 12 á 2 tarde y de 7 á 9 noche.



8.—CARBÓ.—8.

Gran depósito de máquinas
PARA COSER.

10 REALES SEMANALES.

ENSEÑANZA GRATIS Á DOMICILIO.

Se componen toda clase de máquinas.

8.—CARBÓ.—8.

APRENDIZ.

Se necesita uno en esta imprenta.

EL NIÁGARA.

FÁBRICA DE BEBIDAS GASEOSAS,
aguardientes especiales y licores

DE GUERRERO HERMANOS

proveedores de la Real Casa,
premiados en varias exposiciones.
10,-COMEDIAS,-10.-Málaga.

Representante en Tortosa: D. Alfredo de Losada.
14,-Rosa,-14.

Horas de oficina: de 12 á 2 tarde y de 7 á 9 noche.

El Mes de Mayo Poético.

DEVOCIONARIO DEDICADO
A LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA
Madre del Amor Hermoso
por D. Eduardo de Arévalo

CRONISTA DE TORTOSA.

Librería de Prades, calle de la Rosa, núm. 11.

A LOS PROPIETARIOS
de periódicos.

Se desea una publicación Semanal, Quincenal ó Mensual. Los que quieran cederla pueden dirigirse á D. Isaac de San Martín, en Gimileo, provincia de Logroño.

EL VALLE DEL EBRO.

REVISTA LITERARIA SEMANAL.
PRECIOS DE SUSCRICION.

En Tortosa,	Un mes.	2 rs.	Resto de España.	Un trimestre.	8 rs.	Estrangero y Ultramar.	Un semestre.	20 rs.
"	"	Trimestre.	6 "	"	semestre.	18 "	"	año.
"	"	Semestre.	12 "	"	año.	30 "	"	No se servirá pedido que no se acompañe su importe

ANUNCIOS.—Un real línea, contándose el título, según la letra que se quiera por las líneas que de letra común ocupe.

Los originales deben ir firmados por sus autores. No se publicará escrito ni artículo alguno que no lleve la firma de su autor. No se devuelven los originales.

La correspondencia debe dirigirse á su Director.

Se anuncian gratis y se hace un juicio crítico de las obras que se remitan dos ejemplares á esta redacción.

Dirección y redacción, Calle de la Rosa, 14, Tortosa.